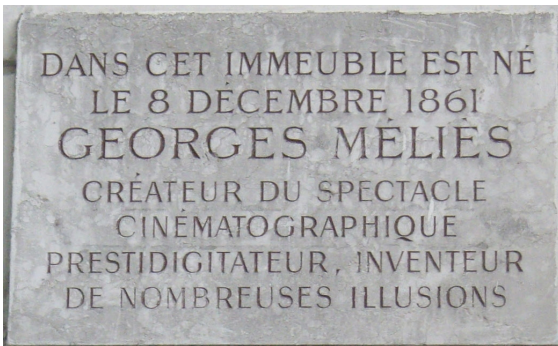


Méliès y Houdini. De la magia al cine

Juan David Suárez Ceballos



Abre el telón

Desde sus inicios, en formato analógico, hasta el presente siglo (en digital), el cine se ha apropiado del trucaje, que es el procedimiento de crear efectos ópticos y de sonido para llevarlos a la pantalla y de esta forma generar la sensación que tanto el director como el montajista de la película requieren por parte del espectador.

La ilusión puede ser concebida, tanto a manera de espejismo o delirio, como de anhelo o confianza. Es decir, sea en un caso o en otro, de lo que aún no ha sido materializado y solo existe en nuestra mente con la incertidumbre inherente que caracteriza a lo imaginario, al mundo de las ideas. No obstante, el cine es esa “fábrica de sueños” que utiliza racional y técnicamente eso que puede ser concebido (en ciertas ocasiones) como algo de apariencia irracional, imposible o difícil de construir y lo hace realidad en un producto tangible y mágico a la vez: la película.

Por culpa de esos vaivenes de la historia es como permanentemente se cruzan seres, destinos y acontecimientos. Pues bien, es desde este aparente maremágnum irreversible que emergen, casi al tiempo, dos personajes que serían claves para entender el desarrollo tanto del cine como de la magia: Georges Méliès y Harry Houdini.

George Méliès. Pionero del trucaje cinematográfico

A finales del siglo XIX aparece un prestidigitador francés, cuyo nombre de pila era Marie-Georges-Jean Méliès, quien se convertiría en ingenioso artesano de la imagen en movimiento. Este hombre le dio un vuelco al naciente medio y aparato tomavistas que, hasta el momento, solo era utilizado para capturar lo que sucedía en la realidad, tal como se podía apreciar cotidianamente (así fuera de forma parcial) por quienes lo

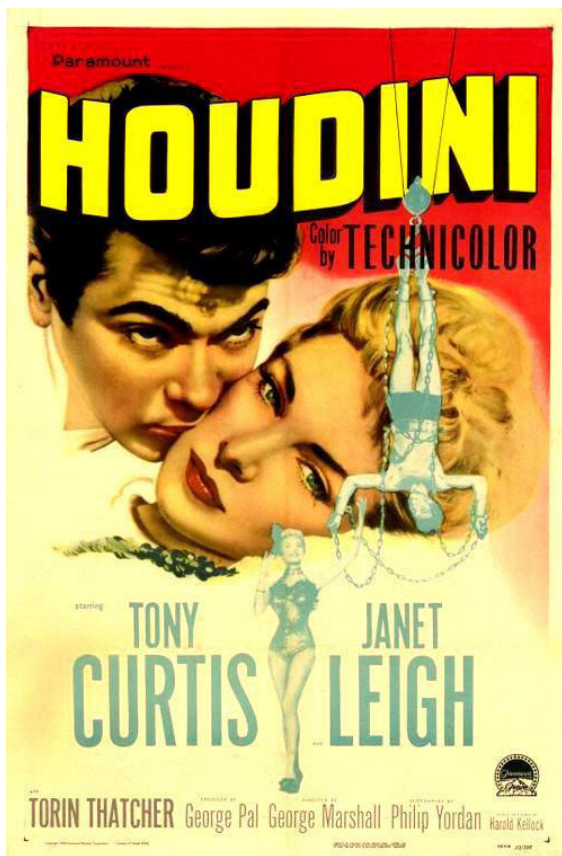


maniobraban. A raíz de la negativa de los Hermanos Lumière (creadores del cinematógrafo) de venderle su impresionante y reciente invento, Méliès decide adquirir uno similar y modificarlo para sus fines, diferenciándolo del que poseían aquellos. Gracias a su nuevo dispositivo, este brillante inventor, que tenía la magia como profesión, puso los cimientos de lo que se convertiría más adelante en el cine de ficción. Si a Auguste y Louis Lumière les debemos el origen del cine documental, a Georges le adeudamos el nacimiento del argumental.

Méliès dirigió, produjo, actuó, dibujó, adaptó, montó y diseñó sus propias piezas fílmicas. Se dice que fueron poco más de quinientas obras, de las cuales se pudieron rescatar y conservar alrededor de unas doscientas. Dentro de las más destacadas

están *Partida de cartas* (*Une partie de cartes*, 1896), *Escamoteo de una dama* (*Escamotage d'une dame chez Robert-Houdin*, 1896), *La mansión embrujada* (*Le château hanté*, 1896), *Viaje a la Luna* (*Le voyage dans la Lune*, 1902), *Viaje a través de lo imposible* (*Voyage à travers l'impossible*, 1904). Algunos de estos cortometrajes fueron adaptados e inspirados en obras de los escritores futuristas Julio Verne y H. G. Wells, para darle vida a ese derroche de textos fantásticos transformados magistralmente (por su visionario y avezado realizador e ilusionista, aunque solo fuera por intermedio de una cámara y un proyector) en imágenes cinematográficas.

Una novela titulada *La invención de Hugo Cabret* (2007) del escritor estadounidense Brian Selznick, recordó la importancia que tuvo Georges Méliès para la historia del cine. Pero fue el director Martin Scorsese



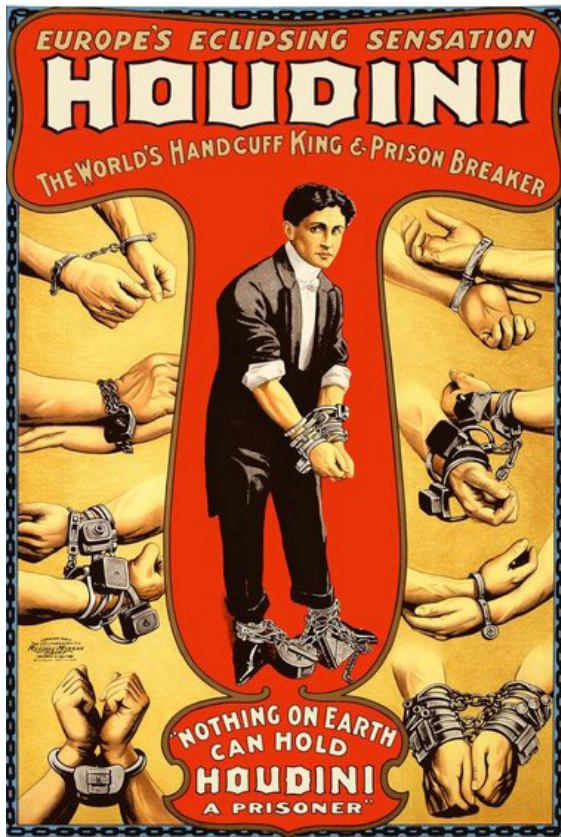
(junto al propio Selznick y el guionista Johan Logan) quien adaptó el libro sobre un adolescente huérfano y experto en reparación de relojes y su relación con su nueva amiga Isabelle y el padre de crianza de esta, el propio Méliès (interpretado magníficamente por Ben Kinsley), a la conocida versión cinematográfica homónima de 2011. Scorsese convertirá este entrañable relato audiovisual en una obra que exalta al mago e inventor fílmico, mostrándonos el modo en que estructuraba sus creaciones, así como las vicisitudes por las cuales se vio obligado a atravesar como consecuencia de la guerra. La película obtuvo el reconocimiento que merecía al ser galardonada con cinco premios Oscar y un Globo de Oro, entre muchos otros.

Harry Houdini. Un escapista de película

La figura mítica del austrohúngaro Houdini (bautizado como Erik Weisz) quien emigró a los Estados Unidos y cambió su nombre por el de Erich Weiss para luego mutar, definitivamente, a la identidad que lo inmortalizó, ha recorrido el mundo a lo largo del tiempo, cubriendo los diarios más importantes de su época, la radio y el voz a voz, difundiendo entre la gente sus hazañas de escapismo e ilusionismo, nunca antes realizadas por otro ser humano, al menos en cuanto al grado de dificultad se trataba y con el cual Harry las materializaba ante quienes se presentaba, tanto en sus inicios por ferias itinerantes, como cuando ya era reconocido, en plazas públicas y grandes teatros.

Más tarde, a través del cine expondría su accionar por medio de puestas en escena en películas como *The Master Mystery* (1918), una serie de quince episodios, *The Grim Game* (1919); *Terror Island* (1920); *The Man From Beyond* (1922) y *Haldane Of The Secret Service* (1923); donde podía dar rienda suelta a toda su destreza y habilidad de encantamiento aplaudido por las masas que acudían a abarrotar las salas y a disfrutar de cada aparición suya en pantalla gigante. Él mismo era quien las producía, ya que, a los Estudios de Hollywood, por las escasas capacidades actorales con las que contaba, no les interesaba financiárselas.

El gran Houdini (*Houdini*, 1953), dirigida por Georges Marshall y protagonizada por Tony Curtis, narra parte del comienzo, auge y declive del rey del escapismo. Sin embargo, tal como se aprecia en el film, no la tuvo nada fácil al inicio de su carrera, donde le tocó abrirse camino a punta de talento y disciplina. Se enseñan también los



que sucedió durante este trayecto hasta el culmen de su vida.

Cierra el telón

Dos gigantes del ilusionismo, coincidentalmente contemporáneos, redefinieron el rumbo del arte del engaño: Méliès desde el cine y Houdini desde los escenarios en vivo; no solo durante una época sino para la posteridad. Incluso, al día de hoy, muchas de las técnicas creadas y empleadas por cada uno en su oficio han influenciado no solo a quienes las tienen como referente de su quehacer, sino a todos los que aún disfrutamos a plenitud de ambos espectáculos, llevados por ellos a otro nivel. Son una forma de llegarle al espectador induciéndolo a vivir experiencias que lo liberen de su aburrida y a veces agobiante realidad, y una apuesta porque esos minutos de esparcimiento producido por la calidez del séptimo arte y la magia, puedan ayudarle a alivianar su cotidianidad, su carga. Si al menos eso se logra, la función ha valido la pena.

objetos con los cuales diseñaba y construía sus trucos: esposas policiales, camisas de fuerza, baúles, cajas fuertes, cuerdas atadas, sacos de lona, retos acuáticos y más. En *El último gran mago* (*Death Defying Acts*, 2007) de Gilliam Armstrong (una coproducción entre Reino Unido, Australia y Estados Unidos), el relato se inclina más por encontrar eso que atormenta a Houdini: la pérdida de su madre y la búsqueda de alguien que pueda conectarlo nuevamente con ella, desde el más allá; algo en lo cual ahonda la trama y que en la versión clásica se aborda superficialmente. Con un ritmo un poco menos acelerado en su narración, este largometraje no indaga tanto en la etapa previa al éxito alcanzado, como en lo

Juan David Suárez Ceballos es sociólogo de la Universidad de Antioquia e investigador cinematográfico. Textos suyos han sido publicados en la *Agenda Cultural Alma Máter* y revista *Candilejas* (Universidad del Tolima). Actualmente es integrante de cinEncuadre colectivo, con el cual coordinó el programa de apreciación cinematográfica en la Corporación artística La Polilla y el Parque Biblioteca Tomás Carrasquilla, La Quintana, en la ciudad de Medellín.